**Marco económico y geopolítico mundial**

Por Álvaro Lopera

Acaba de terminar oficialmente en Occidente la pandemia del Covid 19 –China aún continúa con el combate a este virus–, y pasamos a un escenario de guerra en Europa, la más reciente después la guerra de la OTAN contra Serbia en 1999. Las guerras tradicionalmente han sido exportadas cómodamente por el imperialismo mundial al Tercer Mundo; es así que todos los continentes, excepto Europa, Antártida y Oceanía, han estado sumidos en este siglo en guerras de rapiña o terroristas con garras occidentales: Afganistán, Irak, Libia, Siria, Palestina, Yemen, República Árabe Saharaui Democrática, e innumerables Estados de África y Asia, Myanmar, uno de ellos.

Y en todos estos marcos de guerra sin fin, el capital continúa subiendo el calvario de su crisis que no cesa: la tasa de ganancia continúa imparable en su descenso y asoma la nariz de la recesión mundial, la misma que desde antes de la pandemia ya venía en franco ascenso. Estados Unidos está técnicamente en recesión y Europa se desplaza en su conjunto a ella: 2023 será el carnaval de los brazos cruzados.

Va recalentando los motores de la recesión la crisis energética en Europa y la inflación galopante allí y en todo el mundo, con todo lo que esto significa para los consumidores europeos, los mismos que empiezan a movilizarse en ese adormilado continente que ahora está irreconocible, y donde la extrema derecha empieza a avanzar lenta y paulatinamente como buen plan B de la elite burguesa. Estados Unidos tiene ya una tasa de inflación registrada del 8% y Europa del 10%. Lo anterior aupado con el sinnúmero de sanciones que la Unión Europea y la OTAN le han impuesto a Rusia desde antes de la guerra actual en Ucrania, que ha sido –como despectivamente la ha llamado Europa– la gasolinera de Occidente, por su enorme riqueza energética –gas, petróleo y carbón– de la cual, desde hace más de 60 años, se ha lucrado ese continente a precios muy bajos, especialmente Alemania.

Pero también esas sanciones han afectado el mercado mundial de fertilizantes y de alimentos, en tanto Ucrania y Rusia son proveedores de más del 50% de fertilizantes y cereales del planeta, lo cual ha generado expectativas negativas en el mercado y aprovechamientos de transnacionales monopólicas de los alimentos como Cargill, Bayer, Dupont, Syngenta.

Y las medidas monetaristas que está aplicando Occidente son insuficientes –como el alza de los intereses de parte de los bancos centrales– pues ello genera menos créditos y aplaca el consumo –el cual se hace al debe– al punto que miles y miles de empresas se verían llevadas a cierres, lo cual ya se está dando a pasos agigantados en toda Europa, especialmente en Alemania que ha sido el motor industrial de Europa.

El aumento de las tarifas de energía eléctrica, la subida de los precios del gas porque ahora se impuso Estados Unidos con sus barcos metaneros, además de Noruega que está haciendo su agosto, ha conllevado a que los costos de producción en Alemania se vuelvan insoportables y por tanto esas empresas en el mercado europeo y alemán ya no serían competitivas. Estados Unidos se convirtió –como resultado de la estrategia planteada desde el gobierno de Obama de impedir que funcionara el Nordstream 2– en el gran abastecedor de gas, y sus precios son muy altos respecto del barato gas ruso; y ni se hable del gas noruego.

A lo anterior se suma el sabotaje que Estados Unidos les hizo a los dos gasoductos rusos el 27 de septiembre: 3 voladuras en las zonas económicas de Suecia y Dinamarca dieron cuenta de las líneas gasíferas rusas por el lecho del mar Báltico. Se estableció pues una nueva forma de llevar la guerra al campo económico. Con esto último, y sabiendo que Alemania se afectará estratégicamente en su direccionamiento, el cual apuntaba al Asia, mata dos aves con un solo disparo. Europa, después de todo, quedará travestida en el segundo patio trasero norteamericano, lo cual es muy conveniente para mantener su hegemonía mundial.

No se puede asegurar que la economía mundial o norteamericana se va a reactivar con la guerra de Ucrania, pero se puede afirmar que, si Estados Unidos quiere pelear la guerra hasta el último ucraniano, vamos a ver cientos de miles de empleos –en una nueva especie de segunda guerra mundial– en la industria armamentista norteamericana porque el rearme de Europa pasaría por inversiones multimillonarias, y es claro que el primer exportador de armas es Estados Unidos.

Si la guerra no nuclear, aún, que se está desarrollando continúa por el camino actual, conllevaría a una deuda infinita de Ucrania, a unos gastos onerosos para el rearme en Rusia (que es potencia militar pero no económica) y en cierta forma una fractura de su economía real productiva, y en Europa, que en el caso de Alemania –ahora en cabeza de la socialdemocracia y los verdes– sería de más de US$100.000 millones de dólares. Luego vendría la reconstrucción de Ucrania (¿un nuevo plan Marshall?), y, ojalá que no, de parte de Europa si la guerra asciende a otros niveles.

El segundo exportador de armas del mundo es Rusia, solo que ahora no la tiene fácil porque entre los aliados de Occidente se encuentran Taiwán y Corea del Sur, proveedores de más del 80% de los chips del mundo, y eso afectaría el suministro para la producción a gran escala de misiles de precisión de Rusia; aunque esto puede ser obviado con el mercado negro o con la alianza tácita que tiene esta nación con China.

No es menos importante resaltar que la geopolítica imperialista de vieja data tiene como objetivo destruir la nación rusa para dar paso a muchos países en su vasta geografía. Las riquezas naturales, el posicionamiento geográfico y el poderío militar son objetivos estratégicos del imperialismo occidental, solo que Rusia es un hueso duro de roer, y por ello Estados Unidos no se va a la guerra nuclear porque por primera vez los misiles hipersónicos (con velocidades de hasta 9600 km/hr) rusos alcanzarían su territorio sin que tengan la oportunidad de destruirlos en su órbita, la cual es cambiante e impredecible y controlada por mecanismos de inteligencia artificial.

Se recompone la geopolítica mundial. Los BRICS ya no soportan al mandamás norteamericano; la OCS (Organización de Cooperación de Shangai) en donde hacen presencia países que componen el 40% de la población mundial (China, Rusia, Pakistán, India, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán; y están como observadores Irán, Bielorrusia, Turquía, Afganistán) y casi el 30% del PIB mundial, se está deslizando a posiciones geoeconómicas que indican que no aceptará las reglas económicas y políticas del imperialismo occidental, generándose una brecha grande en el seno del capitalismo mundial.

El mundo manejado con reglas y aparatos económicos norteamericanos (FMI, Banco Mundial, BIRF, OMC, G-7, etc.) quiere ser desplazado por un nuevo mundo donde el multilateralismo sea el paradigma, esto es, la visión geopolítica y económica más asequible para las naciones en el marco del capitalismo que consiste en defender los intereses nacionales, hacer tratados mutuamente beneficiosos y no solamente saqueadores, y utilizar las monedas nacionales, superando al dólar, en las transacciones.

Es así que la guerra de Ucrania ha sido el acicate para la ruptura con el viejo estilo del salvaje medio oeste o del bullying desaforado al que se acostumbró Estados Unidos después de la caída de la Unión Soviética, esto es, sancionar a múltiples países, v.g., Venezuela, Cuba –con su inhumano bloqueo–, Nicaragua, Irán, China, Corea del Norte, Siria y ahora Rusia, cuando estos no caminan con las reglas de las transnacionales y de la OTAN en sus manos; cortándoles el sistema SWIFT para las transacciones financieras, aplicándoles impuestos exorbitantes a las exportaciones, robándoles fondos en bancos europeos y el oro reteniéndolo, como lo hace Gran Bretaña con Venezuela.

La novísima forma de llevar a efecto el comercio internacional con estos países que quieren modernizar sus relaciones económicas, es haciendo transacciones en sus monedas nacionales, afectando al dólar, el cual ya en los intercambios comerciales internacionales solo pesa el 40%, es decir, pasó de ser una moneda que tenía un peso específico en transacciones del 78%, a principios de los años 90 del siglo pasado, a solo 40%, lo que significa que cada vez se va a poner más al descubierto la estafa de producir y producir papel moneda sin respaldo para dominar al mundo y solo con el sambenito del petrodólar.

Si bien Estados Unidos aún es la potencia hegemónica militar y económica del mundo, está ante el alzamiento de sinnúmero de países que dijeron basta y se lanzaron al charco de los antagonismos que pueden terminar en una nueva trampa de Tucídides, tanto económica como militar.

Ucrania es, pues, un parteaguas de la nueva geopolítica y la geoeconomía mundiales.